

ENTROIDOS Y MÁSCARAS DEL SURESTE ORENSANO

XERARDO DASAIRAS VALSA

JOSE MANUEL GONZALEZ REBOREDO

Bajo este epígrafe pretendemos englobar algunos de los carnavales que en los últimos tiempos gozan de más renombre en Galicia. Esta fiesta, como en muchas otras partes, empezó a cobrar especial relevancia a partir de la restauración democrática y del nuevo régimen de libertades que ello trajo consigo. Diversos factores como el aislamiento secular de Galicia, el arraigo de sus costumbres y tradiciones o el lento proceso de aculturación sufrido, contribuyeron también en mucho a la pervivencia de estas fiestas. Son por esto, aquellos pueblos y aldeas más recónditos, los que conservan con mayor fuerza el espíritu y los ritos de la fiesta carnavalesca en Galicia. Sin embargo en los últimos años tam-

bién son diversos los elementos llamados de progreso (luz, pavimentaciones, TV, viales...) y los agentes de la inevitable modernidad los que inciden sobremanera en la mudanza o desaparición de muchos de los rituales que se percibían hasta hace poco. El enorme atractivo social que en la actualidad despiertan estas fiestas ha provocado también en la mayoría de los casos un intervención de tipo institucional con tendencia a la uniformización. Como consecuencia, se evidencia una descontextualización del carácter licencioso e inversor de antaño presente en los diversos rituales y que incide también sobremanera en las diversas máscaras que salen estos días. Las grandes villas, convertidas

hoy en centros de atracción urbana e industrial y a su mejor oferta de ocio o diversión, son las que polarizan hoy la atención de un innumerable gentío atraído por la publicidad y el colorido de estas fiestas. No cabe duda que al igual que aconteció a lo largo de los tiempos en cuyo periplo fue mudando sus caracteres míticos y rituales, le sucede hoy lo mismo con los que llegaron hasta nosotros. Además, la celeridad que imprime la modernidad y la vida cotidiana con sus constantes mudanzas, incide sobremanera en esta fiesta ya desprovéyendola de sus viejos rituales y eclipsando los mitos que la sustentaban ya añadiendo modelos actuales (incluso en la invención de máscaras) para reproducir esquemas



Cigarróns ó Peliqueiros.



La morena.



Testamento del burro.

más globalizadores e imitativos que inciden fuertemente en la universalización de este periodo festivo.

LOS CARNAVALES DEL VALLE DE MONTERREY CIGARRONES O «PELIQUEIROS»

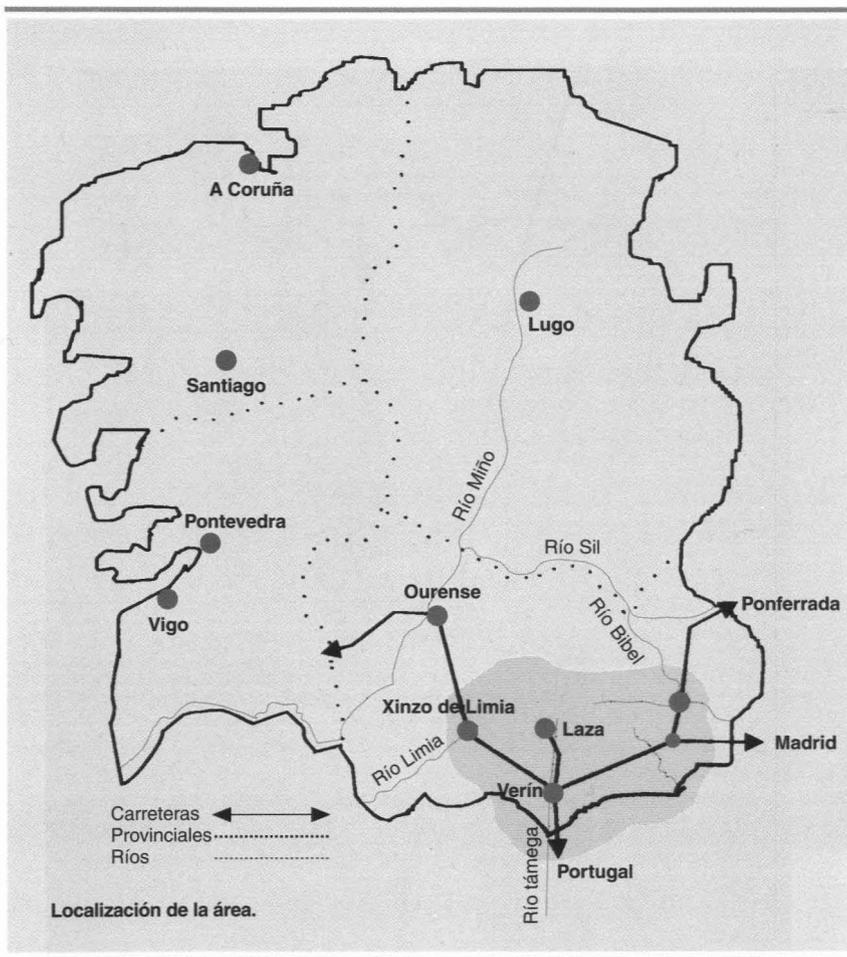
Entre los carnavales más interesantes de esta zona figura el de Laza cuyos rituales merecieron desde los años treinta la atención de numerosos estudiosos e investigadores como V. Risco o Bouza Brey a los que luego siguieron Xaquín Lorenzo, Taboada Chivite y otros. La figura central del carnaval de Laza es la máscara del Peliqueiro, llamada Cigarrón en el área de Verín y que también recibe nombres como Felo en las tierras limítrofes de Maceda o Zarramanculleiro en pueblos de Cualedro ya cerca de la frontera portuguesa. De todos estos nombres el de mayor raigambre histórica y difusión geográfica es el de Cigarrón pues este vocablo podemos equipararlo con el del Zamarrón asturiano, el del Zagarrón de Ciudad Rodrigo, el Zaharrón Zamarrón de otras partes de Castilla e incluso con el Zamorrúa vas-

co. En Laza recibe el popularizado nombre de Peliqueiro por la piel que cubre la parte posterior de la mitra o pantalla metálica que sustenta sobre su cabeza. Esta mitra en la que se exhiben elementos zoomórficos, va unida a una careta procedente de un trozo de madera que se ha vaciado internamente para hacerle lugar a la cara y a los orificios de los ojos, nariz y boca. Las caretas se representan con sonrisa cínica, grandes bigotes, amplias cejas, coloretos en ambas mejillas y barba natural adherida al borde de la misma y que nos sugieren una representación de un personaje dieciochesco. La vestimenta se complementa con una camisa blanca y corbata, chaquetilla corta con charreteras militares y bordados y alamares de oro al estilo militar de antaño. Sobre los hombros y hacia atrás, sujeta con prendedores de fantasía, llevan pañoleta de seda con vistosos dibujos y flecos que al igual que las medias deben ser regalo de la novia o de la madre preferentemente. En la cintura, fajada en varias vueltas, cuelgan por detrás media docena de grandes cencerros (de 40 cm. más o menos) que rondan en total los doce kilogramos de peso. La mezcla de sonidos, más

graves (machos) o más agudos (hembras), produce una sonoridad especial de los cencerros, matizada también por el movimiento que los portadores les imprimen en su especial andar y correr o en sus particulares aspavientos y gestos mímicos. Cubriendo las piernas llevan unos calzones cortos enriquecidos con primorosas puntillas y borlas de colores. El resto de la pierna, desde la sobrerodilla, se cubre hoy con medias de colores (antaño blancas y de lana) en las que se exhiben ligas de fantasía y zapatos limpios que estrenan. En la mano portan un zurriago o tralla con mango cilíndrico de madera sobre el que se sujeta una sólida correa de piel de becerro con la que se abren camino y amenazan a los viandantes.

RITUAL

El ritual de los Peliqueiros o Cigarrones en el que ya se observan importantes modificaciones con el paso de los años, consiste en recorrer las calles y caminos de la vecindad, exhibiendo la riqueza de su atuendo y visitando las casas y locales públicos donde son obsequiados. En la actua-



invitaciones propias de las casas que visitaban, también podían reclamar de los transeúntes una invitación a vino o una *multa* dineraria que la mayor parte de las veces servía para pagar el alquiler del traje.

ORIGEN

Mucho se tiene especulado sobre el origen de esta vistosa máscara a la que Risco o Bouza Brey asignaron al comienzo de sus estudios un carácter supervivencial de antiguas danzas totémicas prehistóricas. La piel, los cencerros y los dibujos zodíacos de las mitras se veían como restos de una máscara imitativa del animal con el que se identificaba el totem. Otras identificaciones de la máscara se dirigen hacia diferentes ritos greco-romanos que se celebraban en las fiestas iniciáticas de Eleusis y de los Salios o en las Saturnalia, Lupercalia y otras que se presentan como antecedentes de nuestros carnavales. El legendario local quiso ver en los Cigarrones (a través del zurriago y el acto petitorio) a los cobradores de impuestos y también (por los cencerros) a ojeadores o levantadores de caza de los condes del castillo de Monterrey que enseñorea la comarca. Para Mariño Ferro, sin embargo, los peliqueiros o cigarrones nacen ya en un contexto religioso cristiano y representan la parte animal, voluptuosa, carnal y bestial de la persona antes de convertirse en el hombre bueno que predica la doctrina de la iglesia. En este sentido constatamos la presencia de una máscara o demonio en las procesiones del Corpus de Verín del siglo XVI figurando también en este cortejo los llamados «sonajeros» de Monterrey que inducen a pensar en los cigarrones. Otras referencias documentales que aluden a la presencia de máscaras en las procesiones las encontramos en las descripciones de las rogativas que tenían lugar en el valle con motivo de sequías, lluvias o epidemias.

Desde nuestro punto de vista y prescindiendo del carácter prehistórico, el cigarrón o peliqueiro debe encuadrarse dentro de los ritos mágico-espirituales de fecundación y fertilidad de la tierra que se documentan en la Edad Media a través de numerosas danzas y celebraciones diversas. Incorporados más tarde por la Iglesia a sus rituales, estas máscaras pasaron a representar en las letanías, procesiones y autos sacramentales los espíritus del mal, encarnados ahora por los demonios bíblicos. La vestimenta de estas máscaras, igual que

lidad, su actividad es más estática, siendo las calles y la pequeña plaza central de la Picota (Laza) el lugar en el que confluyen las representaciones carnavales y la exhibición de los peliqueiros. Antaño, estas máscaras, al igual que otras de los contornos, comenzaban su periplo por las aldeas vecinas con la llegada del año nuevo, haciendo acto de presencia en cuanta fiesta o romería (San Antón, Candelas, San Blas) se celebrase en estas fechas anteriores al Carnaval. En la actualidad la fiesta solo se presiente en los días anteriores cuando comienzan las labores preparatorias de la misma, se revisan y limpian los trajes de las máscaras, se confecciona el testamento, se decide la intervención musical, etc. El Cigarrón o Peliqueiro debe caminar siempre a saltos, meneando los cencerros, repartiendo zurriagos a todo aquel que se cruce en su camino e incluso persiguiendo a aquellos que se atreven a insultarlo. Aunque ahora ya no es frecuente, era habitual que

un tropel de chiquillos persiguiese a las máscaras profiriéndoles toda clase de insultos hasta provocar la airada reacción de las mismas y la consiguiente carrera persecutoria. En algunas aldeas, los cigarrones incluso eran agredidos por la gente, teniendo que defenderse con el zurriago de los golpes cuyo objetivo era derribar las caretas con el fin de identificar a sus portadores. En otros lugares, el portador de la máscara recibía toda clase de improperios, invectivas y alusiones simbólicas o más o menos solapadas a aspectos íntimos de su vida. De todo esto se exceptuaba el pronunciar el nombre del enmascarado, asunto este que de suceder era inmediatamente recriminado y penalizado por los presentes. Si fuese considerado que la máscara no era llevada con la prestancia debida o no cumplierse con el ritual correcto, entonces el portador era retirado en una escalera de mano entre burlas y recriminaciones. En Verín, los cigarrones, además de recibir las

su ritualidad, fue modificándose a lo largo de los años, perdiendo o incorporando parte de sus características actuales. Consideramos que, en origen, estas máscaras llevasen en sus mitras solamente representaciones con ornatos vegetales y del sol y la luna como acreditan las caretas más antiguas que hemos visto. De esta forma se asimilarían mucho al tocado (de flores, cintas o papelillos) que presentan numerosas danzas y máscaras a lo largo y ancho de la península. Su vestimenta básica sería en principio toda blanca con camisa, enaguas, medias de lana (de ahí la presencia de las ligas), pañoleta y corbata, todo ello también muy propio de las danzas procesionales religiosas. Los cencerros proporcionarían un ritmo y un ruido infernal (nunca mejor dicho) que caracterizarían su rol demoníaco dentro de los actos en los que participa. La chaquetilla militar con charreteras, la careta abigotada y la mitra de lata con la piel convierten a los cigarrones en otro periodo posterior en una especie de máscara conmemorativa de la retirada de los franceses a la que se incorporan los despojos de su vencido ejército. Bastaría con repasar los distintos uniformes del ejército francés y el aspecto de sus oficiales pintados de colorete en las mejillas (granaderos, dragones...) para confirmar lo antedicho. Además su enorme boca en actitud sonriente, cínica y grotesca, nos remite a la representación del diablo que se aparece a los hombre con la mascarade la alegría.

La posterior representación zodírica de las mitras quizás fue inducida por la divulgación que se hizo del carácter totémico al que ya aludimos, desapareciendo las representaciones vegetales y otras de lo más diverso (hórreos, gaiteiros, etc) que se venían pintando por ignorancia. En la actualidad y como se viene haciendo, no tiene sentido dibujar en las mitras de los peliqueiros como animal totémico una cobra india, un león, un tigre...

OTROS RITUALES CARNAVALESICOS

En los últimos años y en los días previos al Carnaval se han incluido de nuevo las celebraciones de los días (jueves) de compadres y de comadres consistentes en panatagruélicas y divertidas escenas a las que asisten exclusivamente mujeres u hombres. Esto sucede en Verín al igual que en el domingo previo al de carnaval (domingo corredeiro) se corre la harina detrás de las mujeres a las que se les



Boteiro de Viana do Bolo.

embadurna la cara con este y otros productos maculativos. Aunque la lucha de sexos que se reproduce ya no tiene la fuerza de antaño, estos actos se siguen celebrando en Verín durante los tres días gordos del Carnaval. El domingo gordo salen los cigarrones que participan en el desfile de carrozas y comparsas que a media mañana recorre las calles principales de la villa. El martes, este desfile vuelve a repetirse por la tarde. Durante estos días puede decirse que el carnaval verinense se repliega a los pubs, discotecas y calles adyacentes a los mis-

mos que son visitadas por alguna de las comparsas que participaron en el desfile.

En Laza los actos rituales del carnaval se suceden durante los tres días. El domingo se produce la «estrena» de los peliqueiros a la salida de misa y el reparto de una gran bica (pastel a base de harina, huevos, azúcar, nata...) entre todos los presentes en la plaza. Distintas representaciones jocosas del vivir aldeano se mezclan con atrevidas y obscenas comparsas que acuden a la plaza, donde se concentra la gente, con animo provocador



Folión.

y transgresor. El lunes de carnaval tiene lugar la lucha de los farrapos, esto es, trozos de tela vieja embadurnados en agua mezclada con excrementos de animales. Desde primera hora de la mañana se reproduce la incruenta lucha que va durar hasta la hora de comer, dejando su fétido recuerdo en paredes, puertas y ropas. Los Maragatos, disfraces zarrapastrosos sin careta que salen este día, tienen que defenderse de aquellos que intentan embadurnarlos o enlodazarlos en las charcas que están llenas de excrementos animales e inmundicias varias. Uno de estos maragatos lleva una albarda vieja y su misión consiste en ponerse a los presentes con gran fuerza para que el impacto los derribe. Salvados, ceniza, hollín de los potes y chimeneas y cubos de agua eran materiales con los que antaño se embadurnaban unos a otros desde los balcones o en la mismas calles y plazas.

Por la tarde tiene lugar la llegada de la Morena, representación de una vaca de madera conducida por hombres y cuya misión es levantar las fal-

das de las mujeres que encuentra a su paso. En los cuernos y en el rabo lleva unas espinosas ramas de tojo para evitar todo tipo de defensa contra ella. Además se hace acompañar por una pléyade de mozos semidesnudos que portan enormes tallos de berza y tojo, mientras otros arrojan desde unos sacos, puñados de estiércol y ceniza con hormigas embravecidas previamente. Este ritual en el que se ve semejanza con las Vetulas romanas estuvo muy extendido por toda la comarca de Monterrey y por otras localidades orensanas como Viana do Bolo y Castro Caldelas. El miércoles, último día de carnaval, los peliqueiros lucen banda de luto en sus mitras por la muerte del «santo» Entroido. El colofón de la fiesta en Laza lo pone el acto de la lectura del Testamento del Burro al que acude y presta gran atención todo el mundo, incluidos los peliqueiros que asienten a los jocosos aciertos mediante el sonido de sus cencerros. A medida que se reparte el burro se va dando repaso de forma burlesca a los aconteci-

mientos más significativos ocurridos en el pueblo y a asuntos particulares que muchos vecinos creían hasta este momento celosamente guardados. Con claros precedentes en los tan divulgados testamentos medievales de animales, estos actos gozaron de gran predicamento en muchos pueblos de la comarca. En la cercana villa de Oimbra, donde el carnaval se celebra preferentemente en las bodegas de las casas, era frecuente la representación burlesca de distintas tareas del campo como arar, sembrar, recoger, segar... Estos actos tenían como colofón la lectura de coplas satíricas en las que se recogían distintos hechos jocosos acaecidos durante el año y que recibían el nombre de entremeses. En el pueblo de Castro, vecino a Laza, también se representan escenas de trabajos del campo y una obrita teatral llamada igualmente entremés en la que se parodia el vivir rural y algunos personajes o acontecimientos de gran relieve popular. También aquí se realizan los mismos actos rituales que en Laza, incluido

el Testamento del Burro ya que antaño los vecinos y «peliqueiros» de esta parroquia y sus aldeas acudían el lunes a participar en los actos de Laza.

EL CARNAVAL DE VIANA DO BOLO Y MANZANEDA

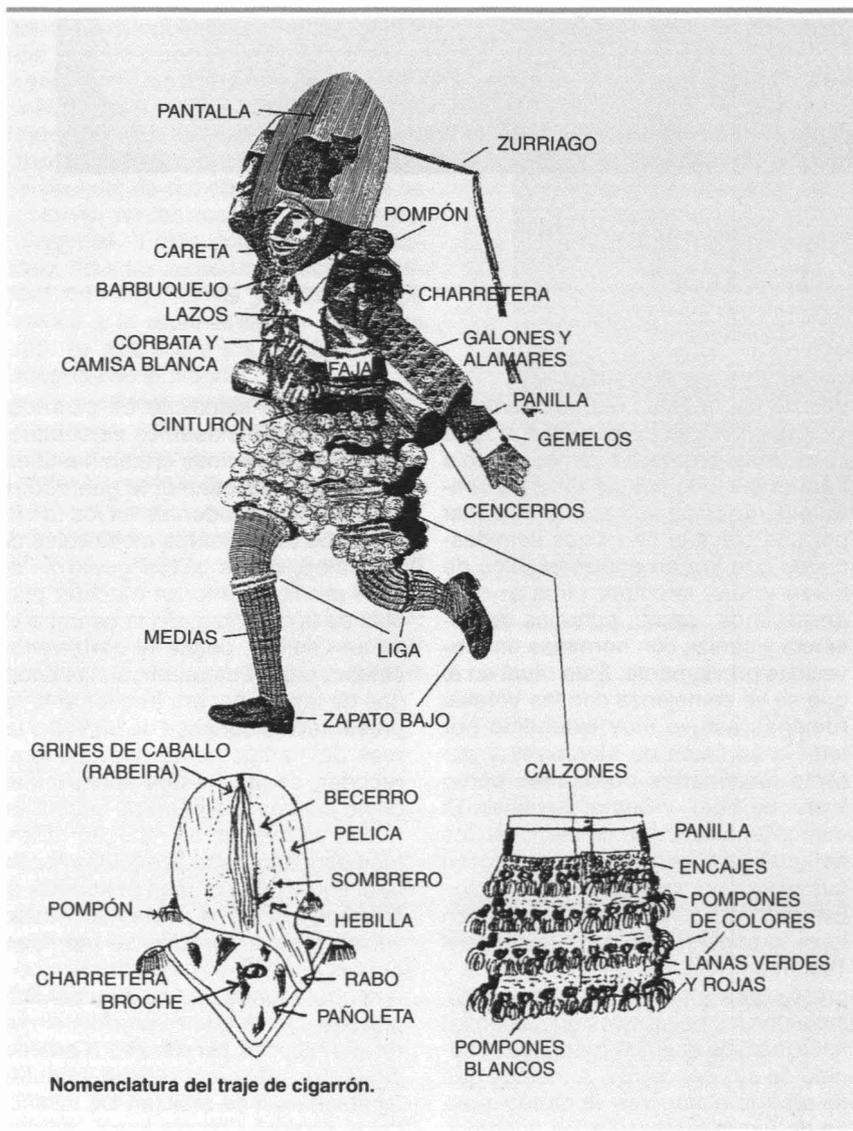
Los primeros datos sobre este carnaval, llamado aquí Entrudio o Intruido nos los suministra Nicolás Tenorio quien relata los actos principales de esta fiesta a principio de siglo. Entre estos, hoy desaparecido, figuraba la Fiesta de los Gallos en la que se incluía el nombramiento de los Reyes, el Juego y el Testamento que tenían lugar el Jueves de Compadres. Esta fiesta que tenía un carácter escolar es semejante a la que se celebraba en otras partes de España y consistía

aquí en una persecución, en una pelea entre las aves y en la decapitación posterior de dos de ellas. Durante la misma el numeroso gentío recitaba en una especie de catarsis colectiva, versos y coplas alusivos a acontecimientos habidos en el pueblo durante el año. Luego se hacía en Testamento un reparto del gallo a diversos personajes de la villa. La ruptura del período carnavalesco durante el franquismo y las actuales prohibiciones gubernativas contribuyeron a la desaparición de este ritual. Los jueves de compadres y de comadres se reproduce la lucha de sexos al intentar arrebatar unos y defender otros a sus respectivos muñecos llamados compadre, comadre o también lardeiro y lardeira.

El eje central del carnaval de esta montañosa zona lo constituyen los llamados «Folioses» (así en el habla de la zona) que se constituyen en cada al-

dea y que en la actualidad confluyen el domingo de carnaval en la villa de Viana para animar la institucional Fiesta de la Androlla. Estos «folioses» están constituidos por grupos de habitantes de cada aldea sin distinción de sexo ni de edad. Unos portan enormes bombos de colores, hechos antaño con la piel de una oveja robada y hoy comprados, con los que producen un enorme estruendo semejante al de las tormentas al que hay que añadirle el ruido producido por el golpear sincopado de toda clase de aperos de labranza y de cocina. Aunque en la actualidad muchos de los folioses tienden a la uniformización de sus vestimentas lo cierto es que sus componentes siempre se distinguieron por la anarquía de formas y colores de sus ropas a base de trajes viejos o usados. El «folión» de cada aldea tenía al uso la visita de las aldeas vecinas y para ello preparaban las Disputas o parlamentos que tenían que decir y que comenzaban con una alabanza al pueblo visitado y sus gentes. El acto continuaba luego con la intervención de distintos personajes que representaban oficios, produciéndose una especie de farsa medieval con enfrentamiento dialéctico a veces que terminaba con el agradecido agasajo gastronómico de los visitados.

Acompañando a cada «folión» figuraban representaciones de los muñecos de carnaval o «entrudios» de paja, hombres disfrazados con pieles haciendo sonar unos cuernos, uno disfrazado de mujer (a «vella») que arroja ceniza y unas máscaras llamadas «Zamarreiros» que con palos y trapos sucios van abriendo la marcha de la comitiva. Estas máscaras, conocidas antaño también como «Zancarróns» e «Irríos», reciben en la actualidad el nombre de «Boteiros» pues van saltando acompasadamente y turnándose en la danza delante de la comparsa musical. El «boteiro», quizás llamado así por los botes que da ayudado por una pértiga («monca»), viste corbata (en algunos casos) y camisa de color adornada con multitud de cintas cosidas que forman trabajosas figuras geométricas. Llevan pantalón de color, ribeteado también de flecos de color, una faja con pequeñas esquilas y fuertes polainas de monte llamadas «legues». Pero lo más llamativo es la enorme máscara de varios kilos de peso formada por una careta negra de madera en la que se resalta su dentada sonrisa y círculos de los ojos. Completa la máscara un enorme tocado hecho a base de alambre y cartón cuya estructura se recubre de papeles y cintas de colores que forman dibujos





Pantallas de Xinzó de Limia.

y formas de atractivo colorido. La presencia de una Mula Falsa y de un Maragato que buscan la invitación a vino, el robo de ollas con comida y otros actos completaban la mascarada de estos días. Analizando la descripción de la careta del maragato de antaño podemos deducir que se asemejaba a la máscara del que hoy llaman «boteiro» y cuyo papel se asemeja también a de los botargas castellanos.

En la actualidad, el carnaval de Viana gira alrededor de la Fiesta de la «Androlla» (morcilla grande, rellena de trozos de carne de costilla y zorza picante) alarde gastronómico y propagandístico de los productos de esta tierra.

De forma semejante a la de Viana y con idénticos rituales se celebran los vecinos carnavales de Conso y Manzaneda. Cabe destacar en estos la presencia de unas máscaras que visiten todas de blanco con calzones de puntillas o enaguas adornadas con cintas. Esquilas, polainas, un mantón de manila cruzado («manto») o anchas bandas en su lugar completan la vestimenta de estas máscaras a las que se les debe añadir un gorro («pucha») de cintas y careta artesanal de cartón. En la mano llevan una especie de cayado

corto adornado también con cintas multicolores. A bastante distancia de este lugar, en el pueblo de Veiga do Seixo, también salían unas máscaras semejantes que ejecutaban un ritual petitorio y recibían el nombre de «Vellarrois» (algo así como vejarrones).

EL CARNAVAL DE XINZO DE LIMIA

Este carnaval fue cobrando cierta relevancia debido a las fuertes campañas publicitarias de tipo institucional que se vienen realizando en los últimos años. Semejante al de Verín en el predominan también los elementos urbanos a base de carrozas y comparsas que reflejan temas actuales. Entre los rituales más antiguos y acreditados de este carnaval destaca el llamado Juego de las Ollas («cachelas, pucariños») que recuperado en los últimos años tiene lugar el domingo anterior al de Carnaval. Colocados los participantes en un amplio círculo se van arrojando unos a otros las ollas hasta que se le rompa a alguno de los participantes. Como multa, este era embadurnado por los demás con el hollín de los potes y chimeneas e incluso embreado y emplumado según se cuenta de antaño.

En la actualidad la multa consiste en la obligación de realizar por los perdedores tantos convites a comidas o vino como ollas se le rompan. De amplia difusión geográfica en toda la península, este juego fue estudiado por el etnógrafo verinense Taboada Chivite que quiso ver en el mismo antiguos rituales de regeneración agraria y renacimiento cósmico al analizar el carácter de diversión juvenil con alardes de destreza y habilidad que terminaban en báquica orgía carnavalesca.

El polo de atracción del carnaval de Xinzó, igual que en otras partes, lo constituye la presencia de unas máscaras llamadas «Pantallas» cuya antigüedad nos es difícil de acreditar pues no se mencionan en las crónicas periodísticas que hablan del carnaval de esta villa. Algunas referencias apuntan a una reciente conformación de esta máscara, asunto este que viene acreditado por la modernidad de los materiales que se emplean en su realización. La base de esta vestimenta es una especie de calzón largo blanco de una pieza, tipo pijama infantil, o una camiseta y calzón separados sobre los que va una faja de color encarnado que cae lateralmente, colocada al estilo de la que se ve en los trajes típicos del país. Unas polainas de fieltro con aboto-

naduras doradas, semejantes a las de los gaiteros y una capa negra ribeteada de flecos y con cintas de colores muy semejante a la de los tunos, completan el disfraz cuyo mayor atractivo está en la careta de una sola pieza. Esta está realizada con la técnica del llamado papel maché o pasta de papel y cartón que se va modelando hasta conformar una careta, una especie de pequeños cuernos y un gorro frigio. Estas tres partes constituyen una sola pieza y sobre ella se pintan unos pequeños bigotes, barba, coloretes, ojos y cejas que resaltan los rasgos de la careta. El gorro frigio se pinta de diversos colores sobreponiéndole diferentes motivos geométricos o dibujos. Para completar la barba se le añaden unos flecos de cortinón y para cubrir la parte posterior un paño de color rojo que atado por delante sirve para ocultar el hueco por el que se introduce sobre la cabeza y cara.

En las manos enguantadas llevan dos vejigas de cerdo hinchadas con las

que producen un sonido hueco y retumbón al ser golpeadas entre si o contra los viandantes a los que de esta forma conminan a una invitación en la tasca o bar más próximos. Aventurándonos en un análisis de estas pantallas, podemos decir que su compostura forma parte de la descripción que hizo Risco de algunas máscaras carnavalescas de esta parte de la provincia orensana. A las esquilas y las vejigas descritas por él, se le añadieron los demás elementos como las cintas, la faja, la capa o las polainas. La careta toma elementos decorativos semejantes a los de los peliqueiros pero los huecos de los ojos aparecen muy resaltados como si fuesen de ranas, baticio este muy abundante antaño en la cercana laguna de Antela. Las leyendas sobre esta laguna bien pudieron sugerir el resto pues en ella está la ciudad de Antioquia que se dice fundada por Anfiloco y sumergida en castigo por su adoración al gallo, figura esta que se reproduce en algunos laterales de

los gorros frigios. La facilidad en su reproducción y obtención de los diversos elementos y su bajo coste, convirtieron a esta máscara en una de las más numerosas de las que salen en los carnavales de esta zona.

ASPECTOS GASTRONÓMICOS

Ya apuntamos anteriormente la presencia de dos productos típicos de estas fiestas como son la «bica» de Laza y las «androllas» de Viana do Bolo. La gastronomía de estos días hace honor al nombre de la fiesta «Entroido» (entrada en la Cuaresma) o Carnaval (validez de la carne) siendo el cerdo por excelencia el animal protagonista de ella. Casi todas sus partes cobran relevancia gastronómica estos días en abundantes comidas e innumerables presentaciones: Lacones, costillas, chorizos, chorizas, cocidos variados (con patatas, coliflor o berza blanca), cachuchas (cabezas), oreja, botillos y bandullos (estómago relleno de carne), «paiolo» (intestino grueso relleno)... Toda esta parafernalia gastronómica se acompaña de pan de centeno, de maíz o trigo y se riega con los vinos, licores (licor café) y orujos (blanco o de hierbas) de la tierra. Los postres también son variados y en muchos casos acreditan y distinguen la zona de origen: leche frita, arroz con leche, «bicas» (de «rixóns», de nueces...), roscones, hojas de limón, flores, «filloas» (crêpes) y bandullos. Estos últimos están hechos a base de huevos, leche, harina y aditivos varios que se mezclan previamente para ser elaborados en la sartén o «filloeira» que les da su característica forma redondeada.

BIBLIOGRAFÍA

- Taboada Chivite, X. *Ritos y creencias gallegas*. Incluye: El juego de las ollas/ La encerrada en Galicia y otros. Santiago 1980. *Folclore de Verín*. Ourense 1961. *Algunos aspectos del carnaval en Laza*. Salamanca 1953.
- Risco V. *Os Cigarróns*. Revista Nós nº 35. 1935. *Notas sobre las fiestas del carnaval en Galicia*. RDTP 1948.
- Bouza Brey F. *Máscaras gallegas de origen prehistórico*. Rev. de Guimaraes 1933.
- Tenorio N. *La aldea gallega*. Ed. Fascimil. Vigo 1982.
- Colectivo Etnográfico «Queicoñas». *O Entroido en Manzaneda*. Ourense 1985
- Mariño Ferro R. *Voz «Peliqueiro»* en Gran Enciclopedia Gallega.
- Cocho F. *O Carnaval en Galicia*. Vigo 1990.
- Dasairas X. *O Entroido en terras de Monterrei* Vigo 1990. *Aqueles entroidos de antano*. La Región 1989.



Peliqueiros en acción.